

La influencia militar en la moda femenina.

cual se ha llamado «la guerre en dentelles», por el lujo de los caballeros franceses, influyó poderosamente en las modas femeninas del siglo XVIII. Madame de Pompadour se tocó con el tricornio de los guardas franceses y llevó a sus vestidos el brillante azul de su uniforme—el azul Nattier—. La imitaron princesas y grandes señoras, y la Infanta María Teresa de Borbón, mujer del Infante, duque de Parma, aparece en un retrato de Nattier con un sombrero de tres picos, absolutamente militar.

A parte de estas imitaciones directas del uniforme, son infinitas las «novedades» que nuestras tatarabuelas de la época pre-romántica inventaron para conmemorar hechos guerreros. El paso del Rhin por el duque de Berwick, en 1754, da origen a un tafetán azul con ondas, que se llamó «del paso del Rhin», y parecido nombre recibió una cinta. La batalla de Lawfeld sirvió para bautizar una forma de sombrero; la de Crefeld, un gorro, y la de Hokerchen, un abanico. En los inmensos y complicadísimos peinados de la época de María Antonieta cabía todo, y los artifices de aquellas obras de arte capilar introdujeron en ellas toda suerte de trofeos militares y hasta marítimos. Una modista, Mlle. Fredin, inventa el sombrero «almirante», sobre el cual figuraba «un barco, con todos sus accesorios y sus cañones en batería»; y en el peinado «a la fragata», figuraba una fragata con cuatro palos y siete velas, adornada de cintas.

Al mediar el siglo, las desgracias de Polonia habían puesto de moda los indumentos de este país. Los uniformes militares se guarnecen de pieles y sobre el pecho las chaquetillas se adornan con una serie de trencillas paralelas que reciben diversos nombres (Brandembourgs). El fino gusto de las modistas de aquel tiempo, el siglo de oro de la elegancia, comprendió cuánto partido podría sacar de estos elementos, cuyo exotismo les hacía gratos al sentimiento barroco. Ya en 1746, Madame de Mouchy se hace retratar con un traje «a la polaca» y adornos parecidos se ven en un retrato femenino de Watteau de Lille.

Las bandas y condecoraciones que comienzan a conferirse a las grandes damas—como la española de María Luisa—y las plumas enormes de los sombreros, acentúan el aspecto militar del conjunto.

Hacia el 1800, Francia hace vibrar su clarín de guerra y toda Europa se convierte en un campo de epopeya. Es entonces, en el tiempo en que no se habla de otra cosa que de grandes batallas, cuando hacen furor, en el atavío femenino, las galas tomadas del uniforme militar. La línea a gusto del Imperio, tan sobria, tan poco varonil, se prestaba maravillosamente a estas adaptaciones. Las prendas que con más complacencia imitan las elegantes son, el dolman de los húsares,

adornado de *brandembourgs* de trencillas y cubierto de bordados en oro, y la chaquetilla guarnecida de pieles, que los jinetes gustaban de dejar flotar sobre el hombro en las fantásticas cabalgadas. La bella rival de Napoleón, la reina Isabel de Prusia, se hacía retratar por Ternite, en 1810, con uno de estos uniformes. En España, Goya pinta a la Reina María Luisa a caballo con la vistosa casaca de los guardias de corps, y Vicente López, en uno de sus retratos más admirables, el de la señora de Vargas Machuca, nos presentó a la bella modelo con una de estas chaquetillas, copiadas de las de los húsares napoleónicos. Los soldados de Napoleón, en Egipto, usaban el *kolback*, pequeño gorro cónico, adornado de una pluma y las damas adoptaron este tocado; otras, copiaban el turbante de los mamelucos, vencidos por Bonaparte en las Pirámides, y aún el alto *chakó*, de los oficiales de caballería. El romanticismo se atisbaba ya en la literatura y en la sensibilidad de la Europa del ochocientos con su afición a lo exótico y a lo desmesurado.

Las restauración borbónica, la Santa Alianza, significan en la moda, como en la política, una rectificación de la corriente revolucionaria. Las damas se visten de telas ligeras y usan, sobre la crinolina, aquellas enormes faldas que las hacían aparecer como grandes rosas invertidas. Nunca la moda ha sido tan femenina como en los años que van de 1830 a 1850, y en ella no tenía cabida nada que recordase no ya lo militar, pero ni siquiera lo hombruno. En el período romántico, las damas preferían, para su adorno, cosas tan delicadas como las blondas y las rosas. Fue preciso que adviniese el Segundo Imperio, con el descoco un poco varonil de las costumbres y la embriaguez por las nuevas glorias militares, para que París, capital indiscutida de la moda, volviese a enamorarse de los uniformes de Magenta, de Solferino y de Sadowa. Los regimientos de Zuavos, creados en las guerras de Argelia, se habían distinguido singularmente en Sebastopol y en Magenta. Las señoras imitaron, desde luego, las chaquetillas bordadas, el fez adornado de una larga borla, los grandes albornoces, que se emplean como salida de teatro o baile. Vuelven las chaquetillas de húsar, con sus *brandembourgs* de trencilla y sus bordados de oro.

Ésta fué, acaso, la última aportación del vestuario militar al atavío femenino. Después de Sedán, el entusiasmo guerrero decae en Francia, y la moda, siempre sensible, registra este cambio del espíritu. Solamente algunas Princesas, alemanas o rusas, se hacen retratar con el uniforme del regimiento del cual ostentan la coronela, y este ejemplo sigue, en España, la Reina doña Victoria, que aparece en algunos retratos con el *chacó* y la guerrera del Regimiento de Lanceros que llevó su nombre. Hoy ciertamente la indumentaria militar es mucho más austera que la de los caballeros de Fontenoy o los húsares de Marengo.

